

Klaus Hock y Gesa Mackenthum (eds.) (2012)

**Entangled Knowledge. Scientific Discourses and Cultural Difference. Cultural Encounters and the Discourses of Scholarship, Vol. 4.**

Münster, New York, München, Berlin: Waxmann, 309 p.

---

Reseñado por Eloísa Martín

Depto. de Sociología, Programa de Postgrado en Sociología y Antropología, Universidad Federal de Río de Janeiro

El libro es el resultado de un simposio llevado a cabo en la Universidad de Rostock (Alemania) en septiembre de 2010, en el marco del proyecto Cultural Encounters and the Discourses of Scholarship. Es el cuarto de seis volúmenes de una colección homónima que discute diferentes temas a partir de perspectivas multidisciplinares. Presenta, como título principal, la idea de los “conocimientos enredados”, que debe inspiración al concepto seminal de Shalini Randeria, mencionada en la Introducción, pero no citada, ni incluida en las referencias, y quien tampoco vuelve a aparecer como interlocutora en las páginas siguientes.

De modo general, este libro funciona como actas de congreso. Reúne trece artículos con perspectivas teóricas y disciplinares diversas bajo el paraguas temático común de la propuesta del seminario. Si bien en la introducción los editores del volumen procuran establecer como argumento común la relación entre encuentros culturales y los discursos científicos, de hecho ambos elementos funcionan como un tándem. La apuesta del libro es ambiciosa y tiene, como las actas de congreso, ventajas y problemas.

Por un lado, reúne en un mismo volumen varias temáticas y, en especial, clivajes disciplinares que le permiten abarcar un amplio panorama de problemas y abordajes. Por otro, difícilmente todas las contribuciones responden de la misma manera, o están a la misma altura de la complejidad del debate temático propuesto. La ambición de la propuesta tal vez explique, también, algunos errores a lo largo del volumen: referencias faltantes, como la de Randeria en la Introducción, la inexacta mención, en el capítulo 1, de Santiago de Compostela como San Juan, y otras pequeñas desprolijidades. En algunos capítulos, los deslices conceptuales, o la ausencia de reflexión teórica sobre la diferencia, la cultura y la combinación de ambas en la idea de la “diferencia cultural”, así como la temática del “encuentro” (tan espinosa para algunos lectores latinoamericanos), quizás podrían haber sido resueltos con un trabajo de edición de los artículos presentados en el seminario, en diálogo con el horizonte sobre el cual se estaba montando el libro.

Si bien el volumen se presenta como multidisciplinar, está básicamente centrado

en las humanidades: predominan los estudios de área (victorianos, hispánicos, literarios), historia, lenguas y literatura. Curiosamente, para tratarse de un libro dedicado a las “diferencias culturales”, encontramos sólo un antropólogo, cuya presencia quedará restringida a la sección de estudios de caso. Curiosamente, también, a pesar del llamado a una descolonización del conocimiento científico (16), todos los autores tienen formación y están afiliados a instituciones noratlánticas.

Frente a colaboraciones tan diversas, es tarea de los organizadores del volumen, Klaus Hock y Gesa Mackenthum, encontrar una lógica que permita agrupar los capítulos, manteniendo, al mismo tiempo, un horizonte de debate que unifique el volumen. La introducción pretende plantear dicho horizonte común en torno a la idea de los “conocimientos enredados”, y para ello incluye tanto referencias clásicas a la sociología del conocimiento, como a debates más recientes de los estudios subalternos y las teorías poscoloniales. Sin embargo, estas discusiones son prácticamente ignoradas en los trece capítulos siguientes.

Divididos en cinco secciones, los capítulos temáticos recorren un abanico bastante variado que incluye algunas colaboraciones interesantes. La primera sección presenta algunas reflexiones generales sobre ciencia y contacto cultural. En su estimulante artículo, Richard Drayton analiza la historia del conocimiento, llama la atención sobre la necesidad de observar la religión para entender la ciencia e identifica un impulso monoteísta en el ansia científica de establecer

órdenes de verdad simples, monolíticos o monocéntricos (37). James McClellan III parte del concepto de zona de contacto para problematizar y borrar las divisiones entre el conocimiento “nativo” y occidental en la producción de conocimiento en contextos coloniales (52), a partir del análisis de un campo disciplinar específico: los estudios de ciencia e imperio y su encuentro con las teorías poscoloniales. La discusión es planteada de manera interesante, pero resuelta de modo apresurado, al proponer un cambio de conceptos y terminologías que, de hecho, termina borrando el problema, no sólo de la definición hegemónica de la ciencia, sino desde dónde y quién puede definirla.

La segunda sección presenta tres estudios de caso bajo el título de “Políticas culturales del discurso científico”. Con foco en la idea de la diferencia cultural, Jörg Feuchter analiza la incidencia del discurso de la literatura y la historiografía para la construcción de la relación entre la violencia religiosa y el islam, observando las representaciones de la Orden de los Templarios. El trabajo de Rüdiger Schreyer debate los relatos del origen de la lingüística y da cuenta de cómo el área se fue desarrollando a partir del avance colonial europeo y sus “encuentros” con idiomas locales nuevos y desconocidos. Es de la tensa relación entre el legado colonial y los pueblos originarios, también, que Michael Wilcox parte para discutir los desafíos de la arqueología norteamericana frente a los conflictos entre las instituciones científicas estadounidenses y los grupos indígenas, y el reavivamiento de premisas

racistas decimonónicas a partir del uso de pruebas de ADN.

Los encuentros científicos en la modernidad temprana son el tema de la tercera sección, que reúne tres capítulos de estudios de casos históricos entre los siglos XIV y XIX. El cuestionamiento de las grandes invenciones como índice de la superioridad intelectual occidental; la conexión entre el interés por lo exótico y el interés científico reflejada en colecciones de objetos, animales y personas; y las críticas del naturalista alemán Georg Foster a las pretensiones científicas del capitán Cook, son interesantes, pero no resultan un aporte novedoso para el lector especializado.

La profesionalización de la práctica científica reúne tres capítulos que analizan algunas prácticas de producción de conocimiento. La preeminencia masculina, racional y europea en la consolidación de emprendimientos científicos en diálogo con el “otro” —sea nativo, mujer, o un corpus de conocimientos tradicionales— son analizados en la cuarta sección.

Dos capítulos de análisis literario cierran el volumen, invitando a una poética de la ciencia y a ampliar nuestros horizontes imaginativos a partir de cómo algunas novelas (notablemente, escritas por autores y autoras nortatlánticos) retratan las prácticas y los discursos científicos.

Para un investigador experimentado de ciencias sociales o de historia de la ciencia, el libro quizás resulte poco original y con limitado vuelo teórico. Sin embargo, el

volumen se presenta como una fuente rica para promover debates en los cursos de grado, para romper con el sentido común de los investigadores principiantes y como una fuente promisoría de imaginación para los estudiantes de ciencias sociales y humanidades.